

mi a la protagonista de esa novelucha, ni tan buena como para que me coloquen en los altares. Yo soy la que soy, y nada más.

Efectivamente, ella era la que era, o, mejor dicho, la que fue: el símbolo de una ingenua picardía, que hizo época con danzas, canciones y comedietas musicales como «La rumba de los coquitos» o «La Guachindanguita», por citar algunos de los títulos de las obras que estrenó. Nadie como ella supo poner tanta candidez picaresca en cancioncillas como a las que pertenecen estos renglones:

«Alabalabá, Conchita;
alabalabá, la cubanita.»

Consuelo Portela murió en su casa madrileña de la Plaza del Carmen, encima del cine *Muñoz Seca*, a los setenta y tres años de edad, a las cuatro y media de la tarde del 20 de Noviembre de 1959, a los cuarenta años justos de haberla visto yo actuar por vez primera; pero «La Chelito» había dejado de existir mucho antes. No era ya ella cuando por última vez se presentó al público en 1951, sesentona, vestida honestísimamente y cantando inocentes canciones. «La Chelito» había muerto a finales del primer tercio de nuestro siglo, la noche en que, por última vez, su belleza sin decadencias, deslumbró en un escenario, arrullada por el ritmo y envuelta en los reflejos de rumba y brillantes.

IDEARIO EXTREMEÑO

Muchos siglos ha que se ha advertido que los entendimientos comunes imposibilitados de percibir y penetrar los primores delicadísimos de las obras originales, cuando se ponen a imitar, imitan lo que está llano a la comprensión de los indoctos y rudos, es decir, los defectos, porque en testimonio de la humana fragilidad, no hay obra de hombre, por bella y admirable que sea, en que no se tropiecen algunos, que perdonan los sabios y remedan los que no lo son.

JUAN PABLO PORNER

VILLANCICO AL ROJO

La Virgen hilvana,
cepilla José,
y Jesús reposa
dormido a sus pies.
El niño se agita
cual tallo de mies
que el viento sacude
con rudo vaivén.
La Virgen detiene
su manso quehacer:
—¿Hijo, qué te pasa?—
—Madre, no lo sé.
¡He tenido un sueño...!
—¿Qué soñabas, rey?—
—¡Hay! Que andando el tiempo
te abandonaré.—
—¡Hijo de mi vida!
¡Eso no ha de ser!
No pienses en sueños,
y a dormirte, pues.

La Virgen hilvana,
cepilla José,
y Jesús dormita
tendido a sus pies.
El niño, intranquilo
despierta otra vez,
blanca y sudorosa
la divina tez.
Su labor María
vuelve a suspender:
—¿Hijo, qué te pasa?—
—Madre, no lo sé.—
¡He tenido un sueño...!

—¿Qué soñabas, rey?—
 —¡Ay! Que en duro leño
 clavado seré.—
 —¡Hijo de mi vida!
 ¡Eso no ha de ser!
 Deja tales sueños,
 y a dormirte, pues.

La Virgen hilvana,
 cepilla José,
 y Jesús reposa
 dormido a sus pies.
 El niño, agitado,
 despierta otra vez:
 —¿Hijo, qué te pasa?—
 —Madre, no lo sé.
 ¡He tenido un sueño...!—
 —¿Qué soñabas, rey?—
 —Que entre dos amores
 preso me veré.
 Y llegado el día,
 no puedo saber
 por cuál, de uno y otro
 me decidiré.
 Pues si a ti me empuja
 tu cariño fiel,
 el mundo en tinieblas
 me llama también.—
 —Desecha esos sueños.—
 —Los desecharé.
 Mas aunque lo intente,
 mucho es de temer
 que mis sueños puedan
 realidades ser...—

La Virgen suspira;
 medita José,
 y un viento de angustias
 silba en Nazaret.

Vicente NERIA

LAS CIUDADES DEL DESCUBRIMIENTO

JEREZ de la FRONTERA

por ANGEL DOTOR

Académico. Del Cuerpo General de Cronistas
Oficiales de España

PERFIL HISTORICO

CABRIA aplicar a Jerez el dictado de «ciudad muy antigua y muy moderna» considerando tanto su ejecutoria ancestral, patente en hechos enaltecidos y en testimonios perdurables de esplendor artístico pretérito, cuanto dada su importancia actual, denotadora de un desarrollo industrial y comercial que difícilmente halla superación en el país. Población de peculiar carácter, en la que se quintaesencia el alma andaluza, es universalmente conocida, entre otras razones por su producción vinícola, que no cede a la del cognac y el champagne galos.

Asentada sobre una ligera meseta, en medio de dilatada campiña de la provincia gaditana, cerca del río Guadalete y a sólo quince kilómetros de la costa atlántica, ofrece al visitante motivos de singular atracción, en cuyo conjunto se conjugan lo señorial y lo popular, o sea aquello trascendente del espíritu y lo superficial y típico, aspectos ambos encarnadores de cuanto representa el alma de la raza.

Es incuestionable la gran antigüedad de Jerez, si bien, aunque no ha faltado quien crea que su fundación data de la época celta, las noticias que acerca de ella se tienen son vagas e inseguras. En el dilatado término municipal jerezano, uno de los mayores de España, existen ruinas de viejas entidades de población denotadoras de haber estado asentados en ellas primitivos habitantes de esta parte de la Bética, y se han encontrado asimismo restos de objetos pertenecientes a remotas culturas, algunos de ellos de la Edad del Bronce; pero nada de esto ha alumbrado la necesaria luz para fijar el origen de Jerez. Una de esas poblaciones antiguas es la llamada *Asta Regia* o *Mesas de Asta*, situada a 11 kilómetros, en la carretera de Jerez a Trebujena, la cual tal vez fuese destruída en la época alarbe, con motivo de las guerras que precedieron a la caída del califato, trasladándose sus habitantes al lugar que ocupa el Jerez de hoy. Otros historiadores sostienen, en cambio, que Jerez fue primitivamente una colonia fenicia llamada *Xera* conquistada por los romanos, que la denominaron *Serit* o *Ceret*, nombre éste con el que acuñó moneda, y que, al transcurrir el tiempo, quedó trocado por el de *Seritium* o *Xeritium* dado por los latinos y godos, el *Scheres*, *Xeres Xereto* y *Xeres Sadonia* árabe, hasta llegar, pasando por los de *Xerez Sidonis*, de Sidonia y Sedueña, al actual de Jerez de la Frontera.

Durante el período romano la población tuvo incuestionable importancia, según lo proclama la serie de construcciones descubiertas y de objetos hallados correspondientes a dicha época, como son acueductos, cloacas, lápidas, estatuas, monedas, etc., muchas de las cuales se conservan en la Colección Arqueológica Municipal. En cambio, correspondiente a la época visigoda no existe testimonio alguno.

Se cree que, destruído en sus proximidades el ejército del rey Rodrigo, las vencedoras huestes de Tarik se apoderarían en seguida de la plaza. Después se acentuó la importancia de Jerez, dada su situación estratégica, jugando importante papel durante aquellos siglos del Emirato y el Califato, en que tuvieron lugar las invasiones normandas y las luchas intestinas entre los propios musulmanes. Ya en la XIII centuria, el monarca castellano Fernando III *el Santo* envió un importante ejército que se adentró por esta parte de Andalucía antes de la conquista de Córdoba, consiguiendo un gran triunfo junto a las márgenes del Guadalete. En 1255, Alfonso X *el Sabio*, adelantando desde Sevilla la frontera con los infieles, logró apoderarse de Jerez; pero poco después la recobraron los musulimes arderamente al conseguir penetrar en el Alcázar, dando muerte a su guarnición, pese a la denodada defensa hecha